

to mismo que pronuncia estas palabras, pudiese alguno garantizarle una existencia eterna con la impunidad, á lo ménos con una felicidad semejante á la de aquellos á quienes la justicia humana tiene condenados á un trabajo forzado, palpitaría de gozo y de esperanza. Y si tal sucede aun con el criminal, ¿qué diremos de aquel que ha visto correr sus días en el ejercicio de la virtud, y que ha cumplido fielmente con lo que debe á Dios, al prójimo y á sí mismo! Si pudiese convocarse á todo el género humano, y preguntarle: ¿qué deseas mas? respondería con una voz unánime: *La inmortalidad.*"

"¿Pero cómo habria Dios impreso tan profundamente este deseo en nuestros corazones, si quisiera engañar nuestra expectativa y arrancarnos esta existencia, hácia la cual nos sentimos inclinados desde el fondo de nuestras entrañas! ¿Qué tormento para un ser que tan ávidamente se lanza en un porvenir indefinido, el saber que este porvenir ha de escapársele, y que ha de llegar un día en que no quedará de él sino un puñado de ceniza y algunos huesos calcinados! ¿Extraño sistema, que á fin de hacer evitar el infierno á los malhechores declarados é incurables, pretendiese convertir la presente vida en un suplicio infernal para la humanidad entera! Y en este sistema espantoso, ¿qué sería de la bondad divina! ¿No podría asegurarse que el Omnipotente no nos puso en la tierra sino con el objeto de hacer un ensayo ridículo de la tiranía mas caprichosa que pueda imaginarse! No: el Dios que yo adoro no es un cruel que se complazca en atormentarme con la sed devoradora de una felicidad quimérica: no podré resolverme á creer jamas que este Ser soberano me haya hecho tan grande, á fin únicamente de tratarme con ménos compasion que á los animales que se ha dignado someter á mi imperio.¹

CAPITULO IX.

SOLUCION DE ALGUNAS DIFICULTADES.

Despues de haber manifestado que el alma, léjos de tener en sí ningun principio de destruccion, descubre en su naturaleza, en sus potencias, inclinaciones y sentimientos mas

¹ Delalle, Cours de contro. catholique, t. 3. °, pág. 536, edit. de Paris de 1839.

constantes, que es una sustancia inmortal, no será fuera de propósito resolver algunas objeciones que suelen proponer contra este dogma los enemigos de la religion y de la humanidad.

§. I.

PRIMERA OBJECION.

Examinando mui detenidamente las relaciones íntimas que hai entre el alma y el cuerpo, se advierte que esta ha sido criada para regir y gobernar á aquel. Cesando pues este de existir, debe concluir aquella, puesto que ya no tiene objeto ninguno.

Dirigir y conservar el cuerpo, y preservarle de los peligros que le amenazan, es uno de los objetos del alma, pero no el único. Si los cuidados del cuerpo fuesen el único objeto de la creacion del alma, todas las potencias de ésta no se versarian mas que en las necesidades corporales, y sus pensamientos, reducidos á lo puramente físico y de conservacion, no establecerian diferencia ninguna entre el hombre y el bruto. ¿De qué le serviría en este caso tener el conocimiento de Dios, la nocion del bien y del mal moral, y el sentimiento de la libertad, que le hace capaz de escoger entre el uno y el otro! ¿Un Criador sabio le habria dado facultades sin objeto, sin designio y sin motivo! Cuando vemos al alma elevarse tánto sobre el cuerpo, y en cierto modo separarse de él por sus meditaciones, por sus afecciones, por sus deseos, por su voluntad, tenemos sobrados derechos de concluir, que el cuerpo no es ni ha podido ser el único objeto del alma. Para incidir en este error, sería necesario no tener conocimiento ninguno del hombre, é ignorar absolutamente los progresos del entendimiento humano. Si el alma no se ocupase mas que en dirigir y conservar el cuerpo, ¿á qué estarían reducidos sus conocimientos! Habria ciertamente diferencias casi imperceptibles entre sus potencias y el instinto animal. ¿Qué basta para llenar un objeto tan limitado como el de dirigir el cuerpo! Cuanto se necesita para nutrirle, conservarle y robustecerle. Ahora bien; si el bruto cuenta con todo esto, puesto que se nutre, conserva y robustece, sin otros recursos que su propio instinto, claro es que el alma tampoco necesitaria de otra cosa para obtener el mismo resultado, que del instinto animal. Pero ella se conduce de otra suerte: forma ideas abstractas, las combina, y adquiere conocimientos mui elevados sobre la materia:

discurre sobre su ser intelectual, examina las sustancias incorpóreas, analiza la naturaleza del espíritu, sube al origen de las acciones, encuentra y reduce á sistema el conjunto de las reglas de la conducta, y cria las ciencias metafísicas y morales. Comprende que este objeto es mas correspondiente á su dignidad, y deja traslucir un empeño tan grande en la contemplacion de las cosas espirituales, que mas parece nacida para estas, que para los cuidados del cuerpo. ¿No es pues el mayor absurdo pretender que *ha sido criada EXCLUSIVAMENTE para dirigir y gobernar el cuerpo?*

§. II.

SEGUNDA OBJECION.

La vida del alma no es mas que la sucesion de sus pensamientos: dejando pues de pensar, dejará de vivir; y como cesando ya su union con el cuerpo, deja de pensar, puesto que sus pensamientos le vienen de los sentidos, parece claro que con la vida del cuerpo acaba necesariamente la vida del alma.

Esta objecion supone como ciertas dos opiniones mui debatidas; primera, que la esencia del alma consiste en el actual pensamiento; segunda, que todos los conocimientos nos vienen de los sentidos; pero ni estas opiniones pueden alegarse como principios demostrados, ni tampoco se infiere ni puede inferirse de ellas que el alma perezca juntamente con el cuerpo. No seria pues necesario entrar en aquellas disputas metafísicas, para dejar inmune el principio de la inmortalidad; pero sin embargo, dirémos una palabra con el objeto de manifestar el vicio de la objecion propuesta.

Supongamos pues, que la esencia del alma consiste en el actual pensamiento, y no en la simple facultad que tiene de pensar; ¿podria sostenerse que todos nuestros conocimientos vienen de los sentidos y se refieren á los sentidos? Esta es una cuestion tan antigua como las sectas filosóficas; ha ocupado constantemente á los mas consumados metafísicos, y sin embargo, aun está por decidir. Pero aun discuriendo conforme á los principios que sostiene la escuela *sensualista*, que no ha incidido aun en el materialismo, hallarémos en los sentidos un origen ya próximo, ya remoto de las ideas; pero nos veremos siempre en el caso de reconocer en la reflexion la verdadera fuente de nuestros conocimientos. En efecto, aunque los sentidos suministren al alma ciertas impresiones primitivas que ella toma por primer objeto de sus

operaciones, pone en ejercicio la reflexion y forma ideas puramente espirituales, cuya sola existencia, independiente de los sentidos, basta para conservar en ella una semilla fecunda de conocimientos progresivos, que no necesitan para nada de los sentidos corporales.

Un hombre que tiene la desgracia de cegar despues de haber cultivado mucho tiempo el órgano de la vista, queda, es verdad, en la impotencia de recibir nuevas sensaciones por el conducto de este órgano dañado; pero nada importa su ceguera para que él propague, fecunde y amplie sus conocimientos adquiridos sobre el colorido y la figura: su memoria y su imaginacion suplirán á la vista, y él, aun despues de haber cerrado sus ojos á la luz, seguirá viendo en su alma el cuadro sublime de la naturaleza. Esto, que se dice del sentido de la vista, puede aplicarse igualmente á los otros, y por tanto, á todos reunidos. ¿Qué debemos inferir de estos hechos incuestionables? Que aun cuando los pensamientos traigan un origen remoto de los sentidos, basta que estos hayan estado alguna vez en ejercicio, para que nuestra alma conserve sus conocimientos primitivos, y se levante sobre ellos, por la fuerza prodigiosa de su atencion y juicio, á la contemplacion de los mismos objetos que ya no pueda percibir actualmente, por haberle faltado los sentidos. Para probar pues, que separada el alma del cuerpo, deja de pensar, no basta decir que sus conocimientos le vienen de los sentidos: seria preciso sostener que no puede pensar sino cuando está *actualmente estimulada por los sentidos*, absurdo enormísimo, que no se atreverian á sostener jamas ni aun los mas desvergonzados materialistas.

Por otra parte, seria indispensable que nuestros adversarios probasen que hai repugnancia en que una sustancia espiritual piense por sí misma, é independientemente de los sentidos, para que la objecion indicada tuviese una fuerza incontrastable. ¿Pero lo han probado? ¿Lo probarán alguna vez? Bastará siempre, para convencerles sobre este punto, el hecho de que Dios es el *pensador por excelencia, el pensador infinito*, y sin embargo, no solo es un espíritu, sino que no podria ser jamas nada de corpóreo, como lo hemos demostrado en otro lugar. Bayle, cuya autoridad no debe serles sospechosa á los incrédulos, reconoce que Dios podria imprimir al alma, separada del cuerpo, inmediatamente y sin el ministerio de los sentidos, las mismas ideas que le vienen de las sensaciones.¹

¹ Diction. crit. art. Brutus, not 5. °

“Pero todavía yo voi mas léjos, dice un escritor, y con el orador filósofo digo, que se concibe mas fácil y claramente al alma existiendo y pensando, cuando está aislada y separada del cuerpo, que cuando está unida á él.¹ La union del alma con el cuerpo es incomprensible; la influencia reciproca de estas dos sustancias excede con mucho á nuestras luces: yo creo esta reciprocidad de operaciones, porque la siento; pero el modo con que se efectúa es un misterio para mí. El pensamiento de un ser puramente espiritual se comprende mui fácilmente: ménos comprendo cómo el cuerpo haga nacer pensamientos en el alma, que cómo los pensamientos lleguen á ella, hecha ya independiente del cuerpo. Me parece un absurdo el pretender, que un ser esencialmente activo, como es el alma, haya menester esencialmente, para ejercer su accion, de la union, del concurso, de la cooperacion de un ser esencialmente pasivo é inerte, como es el cuerpo.”²

§. III.

TERCERA OBJECCION.

La experiencia de lo que pasa dentro de nosotros en todas las épocas de la vida, nos manifiesta claramente que el alma está sujeta á todas las vicisitudes y revoluciones del cuerpo. El estado de salud mantiene mui expeditas las funciones intelectuales, al paso que las enfermedades las embotan y debilitan mas ó ménos, segun su naturaleza, su duracion y su gravedad. Por otra parte, la razon es débil en la infancia, turbulenta en la juventud, sosegada y sólida en la edad madura, decrépita en la vejez. De este modo nuestra alma marcha siempre tan dependiente del cuerpo, que por una perfecta analogía debemos inferir que perecerá tambien con él.

¿Qué diremos de esta objecion, cien veces repetida, y cien veces contestada! Reducida á lo sustancial, consiste en suponer que el alma está sujeta á todas las vicisitudes del cuerpo, é inferir de aquí, que debe morir como él; pero ni el hecho es cierto, ni la consecuencia está bien inferida. En efecto, sostener con tan absoluta generalidad, que el alma sufre todas las vicisitudes del cuerpo, es aventurar uno de los mayores absurdos, y chocar de frente con la experiencia

1 Tuscul. lib. 1.º, cap. 22.

2 El Card. de la Luzerne. Dissertat. sur la loi nat. pág. 248, édic. de Paris, de 1841.

mas constante. No negarémos que á veces el alma parece resentirse de las mutaciones del cuerpo; pero siempre sostendrémos que el alma no se altera otras muchas con ocasion de los males que sufre el cuerpo. ¡Cuántos niños débiles, raquíticos, mal sanos muestran desde luego un fondo de ideas, una solidez de juicio, una viveza y penetracion incomparablemente mayores que otros mui robustos y bien constituidos! ¡Cuántos hombres ya formados, que gozan de una salud perfecta y de una robustez extraordinaria, tienen una razon tan débil y un juicio tan embotado, que no pueden ni aun entrar al paralelo con otros muchos, que en medio de la debilidad, las enfermedades y los mayores achaques físicos, sorprenden, por la grandeza de su alma, la claridad de sus talentos y las producciones de su sabiduría! “Si á veces, dice el Cardenal de la Luzerne, las enfermedades y la vejez debilitan el alma, vemos tambien que en medio de la degradacion del cuerpo, aquella conserva toda su energia y su vivacidad. ¡No es notorio ademas, que se hallan gentes que por virtud moral, por sentimiento de honor, y sobre todo, por un principio de religion, dominan su temperamento, reprimen sus mas violentas pasiones y reforman las inclinaciones corporales mas tiránicas! De estos hechos ciertos resulta una prueba nueva y concluyente en favor de la espiritualidad,” y por consiguiente, de la inmortalidad, que se funda en la naturaleza del alma: “por lo mismo el argumento que nos objetan nuestros adversarios se convierte contra ellos. Concluimos de lo expuesto, que las afecciones del cuerpo se comunican frecuentemente al alma, porque son dos sustancias unidas; pero que no se comunican siempre, porque son dos sustancias diferentes.”¹

En segundo lugar, aun cuando hubiésemos de admitir el hecho tal cual le presentan los materialistas, no podría inferirse de él la monstruosa consecuencia de que el alma fuese mortal. Si por leyes que profundamente ignoramos, estas dos sustancias ejercen entre sí un influjo reciproco, que vemos, y con razon, como una maravilla, de este influjo no podrá inferirse nunca que sean ellas idénticas y de una misma naturaleza, ni ménos que el alma haya de perecer. Seria necesario probar que el pensamiento puede convenir á la materia, ó que el alma deja de ser simple, porque influyen en ella los órganos corporales, ó que sin embargo de conservarse simple, tiene los mismos principios de destruccion que

1 Dissertat. sur la spiritualité de l'ame, pág. 83, (ed. de Paris, 1841.)
TOM. I.—20.

todos vemos en los cuerpos. El cuerpo no perece sino por una descomposicion ó alteracion que se verifica en sus partes constitutivas: suponer pues que una sustancia simple es susceptible de tal descomposicion ó alteracion, tan solo por la correspondencia que hai entre sus pensamientos y las afecciones del cuerpo, es aventurar una contradiccion palpable.

En cualquiera de estas dos hipótesis, es decir, ya sea que el alma sobreviva, ya sea que muera con el cuerpo, puede siempre tener lugar esta comunidad de afecciones, y ella, por lo mismo, nada prueba por sí: en una palabra, si la union del espíritu y el cuerpo es accidental, como lo prueba el hecho mismo de la muerte, el espíritu puede subsistir sin esta union. ¿Qué opondrán á esto? ¿Acaso que tal union es esencial? “Esto no se prueba, concluye el autor citado, “diciendo que mientras dura tal union, el alma pasa por “todas las vicisitudes que afectan al cuerpo.”¹

§. IV.

CUARTA OBJECION.

Si el alma no puede ser destruida, dicen algunos incrédulos, sino por el aniquilamiento, puede á lo ménos caer en un estado de inercia é insensibilidad que sea para ella una cosa igual ó semejante á la muerte. El cuerpo muere, porque los movimientos orgánicos que constituyen su vida cesan; así tambien el alma, cuya vida consiste en el pensamiento, cesa de vivir, cuando deja ya de pensar.

Toda esta objecion está fundada en un *puede ser*, cuyo valor es enteramente nulo, cuando se trata del hecho. En efecto, de que una cosa sea posible, no se infiere que exista, pues ya se sabe que en buena lógica, de la potencia al acto no vale la consecuencia. ¿Y en qué fundan los incrédulos esta posibilidad? ¿Acaso en la naturaleza del alma? La alma es esencialmente simple y activa: como simple, ya hemos repetido que no tiene principio ninguno de destruccion; como activa, en vez de sospechar que, privada del cuerpo, entre en una *insensibilidad é inercia absoluta*, debemos inferir, que libre ya de la lei de los sentidos y de las trabas de la materia, se elevará á contemplaciones mas sublimes, tendrá una penetracion asombrosa, y estará dotada de una comprension vastísima, que no puede tener mientras permanece

¹ Lucerne. Dissert. sur la loi nat. pág. 249. (ed. de Paris 1841.)

unida con el cuerpo. Si se trata pues de su naturaleza, es el mayor absurdo suponer posible su destruccion, y la inercia é insensibilidad. ¿Se trata de aquella *posibilidad* que se funda en la Omnipotencia del que ha criado todas las cosas? “No basta decir que Dios, en la muerte del hombre, “así como hace cesar en el cuerpo los movimientos orgánicos, puede privar al alma de su facultad de pensar; sería “necesario probar que ha de hacer uso de este poder. Siendo “esenciales al alma la actividad y la facultad de pensar, “no se concibe por qué ni cómo Dios, dejándola subsistir, “la vuelva inerte é incapaz de formar pensamientos. Al “contrario, viendo que mientras ella permanece unida con “el cuerpo, forma muchos pensamientos absolutamente independientes del cuerpo; tenemos derecho de inferir que “les conservará cuando esté desprendida del cuerpo.”¹

Concluyamos pues de lo dicho, que el alma y el cuerpo, así como tienen diferente naturaleza el uno de la otra, así tambien tienen una existencia independiente; y que está en el poder de aquel que ha unido estas dos sustancias, el separarlas y hacerlas subsistir despues de la separacion, ya á las dos, ó ya á cualquiera de ellas. ¿Qué hará pues Dios con el alma? ¿La conservará despues de haberla separado del cuerpo? ¿La aplicará entónces la sancion de su lei eterna, castigando sus infracciones ó recompensando su observancia? He aquí la última cuestion que debemos resolver, para dejar sólidamente establecida la *inmortalidad del alma*: porque siendo una consecuencia precisa de la Omnipotencia divina el poder volver á la nada cuanto sacó de la nada, es necesario alegar en favor de nuestra inmortalidad aquel género de pruebas que se fundan en los atributos de Dios y en las miras que tiene sobre el hombre. Esto es, por tanto, lo que debe ocuparnos en el resto de este libro: de la posibilidad vamos á pasar al hecho; y despues de haber mostrado lo que puede ser, vamos á examinar lo que es.

¹ Cardenal de la Luzerne. Obra citada, pág. 250.

SEGUNDO ORDEN DE PRUEBAS.

CAPITULO X.

EL ALMA ES INMORTAL POR LAS MIRAS QUE SOBRE ELLA TIENE SU CRIADOR.

Las relaciones que Dios tiene con la naturaleza humana, nos descubren sus miras sobre el alma, y de estas miras inferimos rectamente que está en sus designios darla una existencia inmortal. Como Criador, se ha propuesto su propia gloria y nuestro bien como un designio de su bondad; como Legislador, se ha propuesto la conservacion del orden moral, como un designio de su justicia: como último fin, se ha propuesto inclinarnos constantemente á él, como un designio de su Providencia. Tales son las miras que nos descubren las relaciones que median entre Dios y nosotros; y como estas miras excluyen esencialmente el supuesto de que Dios aniquilase el alma en el instante de la muerte, de ellas inferimos con toda seguridad, que el alma, no solo es indestructible por su naturaleza, sino que no ha de ser aniquilada por Dios, y de consiguiente, que es inmortal bajo todos aspectos. Pero estas ideas exigen un desenvolvimiento metódico que las coloque en su mayor punto de claridad. Estas pruebas están deducidas: primero, de la idea de la creacion; segundo, de la idea de la legislacion divina; tercero, de la idea de Dios considerado como último fin. En este mismo orden las propondrémos, reservando para el fin exponer un argumento moral, fundado en el unánime consentimiento de los pueblos.

CAPITULO XI.

PRUEBAS FUNDADAS EN LA IDEA DE LA CREACION.

Que la creacion es una obra de la bondad divina, es una verdad tan evidente, que demostrarla seria oscurecerla. ¿Pero ese atributo magnífico del Ser Supremo se habrá ejercitado, ni podrá ejercitarse nunca sin un objeto determinado, sin un designio particular y digno del mismo Dios? No: en

este Ser perfectísimo no hai cosa alguna que merezca el título de casual ó caprichosa; y para que la creacion hubiese carecido de objeto, seria indispensable suponerla obra de la casualidad ó efecto del capricho. No hai en efecto casualidad, sino para la imprevision del entendimiento humano, ni el capricho podrá tener cabida jamas donde las pasiones no ejercen ni pueden ejercer el menor influjo. Dios lo provee todo; y no solo, sino que nada sucede sin un acto de su voluntad suprema: luego nada puede hacer por casualidad. Dios nada puede hacer indigno de sí, nada que no lleve la marca de su infinita sabiduría, nada que no esté conforme á todos sus atributos, nada que no manifieste en un grado eminente los caracteres del orden y las muestras de un fin grande y sublime; y como el capricho excluye todo esto, como cualquiera lo percibe, Dios nada puede hacer por capricho.

¿Cuál es pues el objeto que se ha propuesto Dios en la creacion del alma? Si hemos de responder consiguientes á las ideas que nos hemos formado del Ser Supremo, y atendiendo al atributo que mas brilla en la creacion, nos veremos precisados á decir, que Dios, al criar nuestra alma, se propuso su propia gloria y nuestra felicidad.

Habiendo pues Dios hecho para su propia gloria una criatura capaz de conocerle y amarle, ¿podrá suponerse que medite aniquilarla en el instante de la muerte, es decir, cuando este conocimiento y amor debian tener su consumacion? ¿Y qué motivos podriamos hallar que autorizasen esa destruccion del alma? Acaso los crímenes de algunos hombres! Estos mismos piden, para gloria de un Dios ultrajado durante la vida, otra vida en que sirvan, con su digno castigo, de espectáculo eterno á las venganzas del cielo. ¿Acaso las virtudes heroicas de los justos! Seria el último colmo de la estravagancia imaginar que Dios, para hacer brillar su gloria, aniquilase un ser que siempre habia vivido para él, que le habia sacrificado constantemente, con la esperanza de poseerle, sus inclinaciones mas vehementes, sus placeres mas dulces, sus comodidades, y tal vez hasta su misma existencia. Este acto de la Omnipotencia estaria en abierta pugna con la Bondad que presidió á la creacion, y seria mas bien un motivo fuerte de queja contra ella, que un timbre de la Divinidad.

Dijimos que el conocimiento y el amor del Ser Supremo tenian su complemento y consumacion en el instante de la muerte, y esto merece observarse. Durante el curso de la vida, por muy expedita que esté nuestra razon y por muy

claro que sea nuestro entendimiento, no vemos á Dios sino al través de las mas densas tinieblas, y por mucho que adelante nuestro corazon hácia él, nunca le amamos con una perfeccion tal, que nos asegure contra las ilusiones del mundo, los placeres de los sentidos y todas aquellas pasiones que se esfuerzan por convertir nuestros afectos á las criaturas. ¡Ni cómo seria posible conocer á la Divinidad sino entre sombras durante nuestra vida mortal! Luego si Dios quiere hacer servir nuestras almas á su gloria, quiere ser amado con el último grado de amor que sea posible; y como seria el mayor absurdo suponer que quiere ser amado infinitamente, y no ser conocido con esta misma proporcion, es evidente que quiere conservar nuestra alma para una vida en que se le manifestará en toda su gloria, y la embriagará con la plenitud del amor. Es pues evidente que habiendo criado Dios el alma para gloria suya, y para ser conocido y amado, y no pudiendo este conocimiento y amor tener plenitud en la vida, está en la gloria de Dios, y es indispensable que lo haya dispuesto, el conservarla despues de la muerte; porque de otro modo se habria faltado Dios á sí mismo, dejando sin complemento y plenitud el gran designio de gloria que presidió á la creacion del alma.

“Si no hai eternidad, dice un orador insigne, ¡qué fin pudo tener Dios, que fuese propio de su grandeza, en criar á los hombres! ¡Es posible que no habia de tener mas fin en formarlos, que en formar á las bestias! El hombre, este ser tan noble, que halla en sí unos pensamientos tan altos, tan vastos deseos y tan grandes ideas; que es capaz de amor, de verdad y de justicia; el hombre, único entre todas las criaturas capaz de un destino sério, de conocer y amar al Autor de su ser; ¡el hombre no habia de haber sido hecho mas que para la tierra, para pasar un corto número de dias como las bestias, en ocupaciones frívolas, ó en placeres sensuales! ¡Dónde estaria la sabiduría del Criador, si no hubiese hecho esta grande obra mas que para el corto tiempo de la vida; si no hubiese colocado á los hombres sobre la tierra mas que para hacer ridículos ensayos de su poder, y pasar el tiempo en esta variedad de espectáculos!”¹

Para convencernos de que seria mui ageno de la gloria de Dios el que la alma pereciese juntamente con el cuerpo, basta considerar el cúmulo de contradicciones inexplicables que presentaria entónces todo el sistema de la vida humana.

¹ Massillon. Sermon para el lunes de la primera semana de cuaresma

Todos mueren sin consumir su carrera: unos apenas entran en la carrera de la vida, y ya bajan al sepulcro, ¡Qué objeto digno de la gloria de Dios nos presenta un niño muriendo casi al instante de nacer! Otros empiezan á desenvolver los mas preciosos talentos, cuya estupenda precocidad promete grandes resultados para la edad madura, y mueren, sin embargo, en el vigor de la juventud. Si este jóven no sobrevive á la destruccion de su cuerpo, ¡qué razon halláremos que nos persuada que su aniquilamiento total es un objeto grande y mui conforme á la gloria de Dios!

“Despues de largos y penosos esfuerzos para formar esta razon, tan preciosa y excelente bajo ciertos aspectos, y bajo otros tan pequeña y tan pueril; despues de haber reunido cierta provision de conocimientos, ¡se tiene por ventura el tiempo, los medios y ocasiones de aprovecharles! ¡Dónde está el hombre de quien pueda decirse que ha hecho una carrera completa! Y no entiendo yo por esto una carrera tan larga como nuestra adhesion excesiva á la tierra nos la haria desear, sino una carrera cuyos momentos todos, empleados útilmente, se refiriesen á un objeto digno de una criatura inteligente. ¡Ah! ¡qué de vacíos, qué de extravíos, qué de nada!”

¡Qué! ese cortesano, ridículamente ocupado de sí mismo, de su andado, de sus actitudes, de los atavíos con que adorna su cuerpo, que nada piensa que sea útil á la sociedad, ¡ha venido al mundo á desempeñar tan ridículo papel! ¡Ese jugador á quien el furor del juego tiene asido desde sus mas tiernos años, y no abandonará hasta el sepulcro, nació para consagrar todas las fuerzas de su espíritu, y toda la actividad de su imaginacion á las diversas combinaciones de algunos naipes caprichosamente pintados y dispuestos! ¡Qué, ese sabio, que parece tan respetable en el recinto de su gabinete, se ha consumido treinta años sobre los libros, para enseñarme la forma de los sombreros, ó de los calzados antiguos, para descifrarne genealogías fabulosas ó inútiles! ¡Dónde está pues, vuelvo á preguntar, dónde está el hombre que al salir de este mundo pueda vindicarse sobre el empleo de su vida! Si á estas consideraciones añadimos la de tantos niños que mueren al nacer, la de tantas almas boquejadas, por decirlo así, y cuyo destino será imposible concebir, si ha de buscarse aquí abajo, resulta que la mortalidad del alma repugna evidentemente á todas las perfecciones de Dios.”¹

Hemos hecho una serie de reflexiones fáciles, naturales y

¹ Formey. Le philosophe chrétien, T. 1.º, Discours XV.

sencillas, sobre la hipótesis de que el alma muriese juntamente con el cuerpo; y lejos de hallar en tan deplorable destino un objeto digno de la gloria de Dios, descubrimos á cada paso inconsecuencias y contradicciones palpables, tinieblas espesas y absurdos de mucha consideracion, que atacan en la parte mas noble los divinos atributos del Ser Supremo. Concluyamos pues afirmando con toda seguridad, que si Dios crió al alma para su gloria, es absolutamente preciso que la comunique una vida inmortal.

Pero no es ménos cierto que se propuso en la creacion la felicidad nuestra, ni ménos evidente que tan alto destino es incompatible con la vida presente. Para comprender toda la verdad de esta proposicion, basta recorrer algunos hechos universalmente confirmados por la experiencia de los siglos, y por lo mismo incuestionables.

Lo primero que se ofrece á nuestra reflexion es *el descontento general y constante que todos tienen y han tenido sobre su propio estado*. Este disgusto ha dado amplia materia, para deplorar la miserable condicion humana, no solamente á los filósofos, sino tambien á los poetas: pasa ya por un axioma de hecho, que *nadie está contento con su suerte*. Segun esto, ¿será la vida humana el centro de la felicidad? Si esta no llena el corazon, si no satisfácea plenamente los deseos, si no calma y termina las aspiraciones del alma, sería locura reputarla por ese bien que forma el objeto de su creacion. Cierto es que no faltan hombres que saben limitar sus deseos, y viven contentos, cuanto cabe, con su suerte; pero esta quietud con que se resignan á lo presente, se funda en el desprecio que les inspiran los bienes de la vida, circunstancia que lejos de debilitar la verdad del hecho, la confirma y robustece de una manera mas segura. Estos hombres, en efecto, están contentos con su suerte, no porque hallen en la tierra el centro de la felicidad, y reputen bastantes los bienes de esta vida para contentar sus deseos y llenar su corazon, sino porque una cadena no interrumpida de experiencias y desengaños les ha hecho ver con cierta noble indiferencia todo el esplendor de la grandeza mundana, y buscar el contento y la paz en la práctica de la virtud. ¿Pero la virtud en sí misma es el último bien que busca el hombre, la fuente de goces con que brinda la verdadera felicidad? La virtud está llena de privaciones: la envidia, el zelo, la rivalidad, la codicia; en una palabra, todas las pasiones la persiguen; no puede conservarse sino entre los triunfos de una guerra espantosa y continua, y por lo mismo, es compañera inseparable de la tribulacion. El que halla pues el contento

en la virtud, es porque nada ve digno de sí en la escena de la vida humana, y porque aguarda infaliblemente los bienes sólidos con que se alimentan sus esperanzas y se sostiene su esfuerzo entre los mayores combates, y porque la existencia rápida que se pasa en la tierra, no es á sus ojos sino una estacion breve, desde la cual, llegado el instante de la muerte, el alma, libre ya de las cadenas del cuerpo, levanta su vuelo noble y sublime hácia el seno de su Criador, donde está cierta que hallará la recompensa de sus virtudes con la inamisible posesion de la verdadera felicidad.

El segundo hecho, muy digno de considerarse, es que los bienes terrenos, cualquiera estimacion que merezcan, están distribuidos entre un número tan pequeño, que puede reconocerse la miseria como el patrimonio comun de casi todos los hombres. ¿Dónde está el rico que no gima bajo la esclavitud penosa de la avaricia! Y cuando está libre de este tirano, ¿no mira su posicion social como embarazosa y llena de trabas! ¿Dónde está el grande, que gozando tranquilamente de los honores, no esté devorado por el fuego de la ambicion! ¿Y hai muchos que hayan conseguido reunir las riquezas, los honores, la estimacion general, los bienes de la salud y la tranquilidad propia del que ya no teme ni espera! Si alguno tuviese el delirio de sostenerlo, se levantaría contra él la humanidad entera para declararle el primer impostor de los siglos. Para comprender la insuficiencia de las riquezas, los honores y todas las prosperidades que el tiempo mide y la muerte destruye, no es necesario abrir las páginas de los libros santos, y buscar entre los oráculos de la sabiduría la resolucion de este importante problema; no es preciso oír exclamar al mas sabio, rico y magnífico de todos los reyes, que *todo es vanidad, tormento y afliccion de espíritu*:¹ basta consultar á la conciencia y preguntar al corazon, si quedará satisfecho con todos los bienes de la tierra.

Pero aun cuando estos debieran estimarse como á propósito para sentir una especie de felicidad, aun de este modo podia sostenerse que el hombre no es feliz, sino en extremo desgraciado en la tierra: primero, porque el número de los ricos y grandes es una gota en el océano, es decir, es nada junto á la multitud inmensa de miserables; hecho evidente que no pide ninguna demostracion: segundo, porque los males comunes á toda la especie humana reducen á muy poco el interes y precio de los bienes que se disfrutan en la vida:

1 Eclesiastes. Cap. 1.º

tercero, porque habiendo una certidumbre infalible de la muerte, la posesion de la grandeza y los tesoros del mundo son un tormento mas para el corazon, que debe un dia abandonar de un golpe todos estos bienes.

¿Quién es capaz de enumerar las miserias del hombre? Entre todos los animales, él es el único que experimenta otros males que los de la naturaleza. "No hai animal, dice Bernardino de San Pedro, que no esté acomodado, vestido, alimentado por la misma naturaleza, sin afliccion, y casi sin trabajo. Solo el hombre desde su nacimiento está agobiado de males: nace desnudo, y tiene tan poco instinto, que si la madre no le educase por algunos años, pereceria de hambre, de calor, ó de frío. Nada conoce, sino por la experiencia de sus padres. Es necesario que estos le acuesten, le hilen sus vestidos y le dispongan la comida, por lo ménos durante ocho ó diez años. A pesar de los elogios que se tributan á ciertos países por su fecundidad y la dulzura de su clima, yo no conozco ninguno donde la subsistencia mas simple no cueste al hombre inquietud y trabajo. Y aun cuando el hombre ha conseguido reunir á su rededor cuanto le basta para vivir tranquilo, la ambicion, el zelo, la avaricia, la gula, la incontinencia, el fastidio, vienen á apoderarse

1 Nace llorando en angustiosa cuna
Y largo tiempo con afán respira.
Como sueño fugaz vuela su infancia,
Sin que acierte á gustar su breve dicha;
Y apenas ya garzon saluda ufano
La grata primavera de la vida,
El propio acorta el término á sus bienes
Y cuanto toca con su ardor marchita.
De una ilusion en otra, de un delirio
Precipitase con mil; ansia, suspira,
Corre con loco afán, tiende los brazos
Tras una y otra sombra fugitiva,
Y al ir ya á estrechar contra su seno,
La suerte con un soplo la disipa.
Así agota su mísera existencia;
Eternos juzga los veloces dias;
Y los granos de arena cuenta ansioso,
Que miden los instantes de su vida,
Mientras, de males y dolor cargada,
La vejez lentamente se avecina;
Y al ir el infeliz á dar un paso,
Abierta ante sus piés la tumba mira.—Martínez de la Rosa.

de su corazon, y perece, casi siempre, víctima de sus propias pasiones."¹

Si lucha contra sí mismo para estirpar los remordimientos que siguen al crimen, sufre todas las privaciones y austeridades de virtud; si se engolfa en el seno de los placeres, mui pronto siente en sus remordimientos, en su fama, y hasta en su misma salud, los horribles estragos de las pasiones. No hai medio: es fuerza padecer con la virtud, ó ser atormentado por el crimen: la lei está dada, y por mucha satisfaccion que aparente el incrédulo, ningun sofisma ni extratagemas pueden triunfar de esta experiencia dolorosa, que parece decir á cada uno, desde que sale á las riberas de la vida: *Ten presente que peregrinas por el valle de la tribulacion.*

Hemos visto hasta aquí, que no hai época de la vida, ni pais alguno, donde halle el hombre una garantia suficiente contra el mal; y que tanto el individuo, como la sociedad, pagan y han pagado constantemente el tributo necesario de dolor y de miseria á que parece haber sido condenada la especie humana. ¿Qué de peligros en el individuo! ¿Qué de contratiempos y desastres en la sociedad! La infancia está rodeada de caricias, pero tambien lo está de privaciones: el niño á un mismo tiempo siente por instinto los encantos de la libertad, cuyos goces anhela y cuyos peligros desconoce, y deplora las trabas de la educacion, sujetándose por necesidad al yugo de sus padres: su razon débil no comprende la suma importancia de la sujecion doméstica, y los tiernos cuidados de una madre, y las prohibiciones de un padre zeloso suelen presentarse á su vista con los caracteres dolorosos de una cruel esclavitud. ¿Existe la felicidad verdadera en esta época, que mas bien parece el sueño de la vida! Llega el hombre á la juventud; y en este tiempo, porque tanto suspiraba su infancia; en este tiempo, que veía con el prisma de su imaginacion como el término de las privaciones y dolores de su infancia, como el principio de los goces indefinidos, de los placeres intensos y variados, de cuanto mas bello y digno se representa una alma fogosa; apenas hace un ensayo loco de sus fuerzas, cuando ya comienza á experimentar los tormentos de la duda, la inquietud de los obstáculos, los efectos de las contradicciones, y lo que es peor todavía, la amargura del deleite, las consecuencias del vicio, la desazon y la melancolía que siguen al mo-

1 Etudes de la nature. T. 3 de las obras completas. (Edicion de París de 1818, pág. 468. Etud. VIII.)

vimiento impetuoso de las pasiones. ¿Y qué sucede entonces? El joven, poco ha tan vivo, tan alegre, tan ardiente, se hace triste, pensativo, lánguido: todo ha herido y fatigado sus sentidos, nada ha penetrado su corazón y satisfecho su alma; todo en lo exterior está aun lleno de hechizos, pero nada hai en su interior.

“Su independencia le fatiga: vuelve con pesar sus miradas hacia aquella esclavitud de la infancia, hacia aquellas dulces cadenas que habia quebrado con tanta impaciencia. Allí él era el centro de las afecciones, se veía protegido, rodeado de seres amantes; aquí, ¿qué diferencia! está abandonado á sí mismo, rodeado de indiferentes, de rivales ó de enemigos.”

“En otro tiempo sus primeros sucesos eran un triunfo de familia; hoi todos sus compañeros le disputan el premio de la hermosura, de la fuerza, de la destreza, de los talentos, del valor: son envidiosos de sus placeres, frios para sus pesadumbres; se irritan de sus ventajas, y rien de sus reverses.”

“No tarda en reparar que muchas caricias son traiciones, muchas alabanzas, lazos; que muchas caras no son mas que máscaras; que la mayor parte de las promesas son mentiras; y que, como dice un anciano, *así se divierte á los hombres con juramentos, como á los niños huececillos.*”

“Una sorpresa aun mas triste aumenta las penas de su alma, la turbacion de su espíritu: las lecciones del mundo le parecen estar en contradiccion perpetua con las que ha recibido de sus maestros. Estos le habian representado siempre la felicidad siguiendo á la sabiduría, la desgracia compañera de la locura, la virtud coronada con la estimacion, el vicio castigado por el desprecio; y ve, por el contrario, á cada paso el orgullo dominante, la modestia abandonada, la maldad triunfante, la bondad ridiculizada, la locura honrada, la sabiduría desterrada con la justicia, y la fortuna abriendo á la intriga, á la necesidad y á la picardía, la entrada á su templo, cuya puerta sitia en vano el mérito.”¹

La juventud pues nada presenta que pueda merecer el nombre de felicidad. ¿Dará este resultado la edad madura? El hombre siempre vive de ilusiones y de esperanzas; y cuando va tocando ya en los últimos dias de la juventud, aguarda por ventura descubrir el bien apetecido en la calma silenciosa de la edad madura. “Todo parece prometerle este resultado: nuevos sentimientos vienen al corazón: insensiblemente va trasformándose el sistema de sus ideas, y

¹ *Segur. Galería moral.*

hasta el curso de sus inclinaciones: la gravedad sucede á la ligereza; el cálculo de la felicidad á la necesidad de los placeres: se contentaba con brillar, ahora quiere ilustrar: la ambicion reemplaza al amor, y el orgullo á la vanidad: sus deseos tienen ménos viveza, sus pasiones mas fuerza: es la edad á propósito para consolidar una reputacion bien merecida; en fin, para atesorar grandes verdades y hacer servir á la felicidad propia los útiles desengaños de la experiencia. ¿Cuál será el éxito de esta nueva jornada? Los cuidados de la familia, los estímulos del interes, los sacrificios frustrados de la ambicion, las frecuentes represalias que sufre el egoismo, los peligros del propio establecimiento, los caprichos de la fortuna, los golpes de la rivalidad, y todas las otras desgracias comunes á todos los sexos, á todas las edades y á todos los hombres, parecen venir de tropel á sitiar la edad madura: y bajo las apariencias de una carrera pacífica, donde parece enunciarse la felicidad, el hombre experimenta entonces los males de la vida en su mayor intensidad y fuerza.”¹

¿Qué dirémos de la vejez? En ella vienen á reunirse, para atormentar al hombre, los recuerdos de placeres que ya no pueden gustarse, los tristes efectos de una razon mal preparada en la niñez, mal dirigida en la juventud, mal empleada en la edad madura: el sentimiento vano y estéril de no haber hecho el grande y heróico sacrificio de las inclinaciones á la virtud; el íntimo convencimiento de que se acelera ya el desenlace del drama de la vida, y un deseo mas intenso que nunca de que esta se prolongue. A las pasiones ardientes suceden las pasiones frias; y todos los antiguos afectos parece absorverles la sórdida avaricia. La desconfianza, el recelo, la sospecha, la inquietud, el temor, el disgusto de la escena presente, las frecuentes alarmas, consiguientes al temor de perder en un instante las ricas posesiones: he aquí los sentimientos mas comunes que ocupan la vejez. ¿Cuáles son los goces que el hombre tiene en esta época de su vida? Si busca en ellos la felicidad, sobremañera difícil fuera descubrirles, ni aun tan deleznales como los de la infancia, ni tan rápidos como los de la juventud, ni tan costosos como los de la virilidad. El círculo de los sentimientos y de las ideas se estrecha mas que nunca; el hombre va perdiendo insensiblemente la fuerza de su razon, la energia de sus pasiones y hasta los hábitos caballerescos que le distinguían otro tiempo en la sociedad. Bórranse insensiblemente

¹ El mismo.

te los vestigios del estudio, y hasta la fisonomía propia del carácter: una imbecilidad lastimosa indica ya la decrepitud y anuncia las cercanías de la muerte. ¿Dónde está pues la felicidad?

Mas aun cuando el hombre, en cualquiera de sus edades, pudiera descubrir el bien que tanto solicita, y gustarle por largo tiempo; aun cuando con la vida sola nos viniese un placer duradero, y el rico tesoro se hubiese distribuido igualmente á toda la especie humana, ¿de qué serviría todo esto, si al fin de la carrera habíamos de morir? ¿Qué proporcion pudieran guardar nunca los bienes preciosos y mas caros de la vida con el mal incomparable, el mal infinito, si así puede llamarse, de un aniquilamiento total? Si una filosofía presuntuosa viniese á disputar á la experiencia de todos los siglos la verdad con que se nos anuncia, que la vida humana es incompatible con esa felicidad, que por otra parte ha sido y debe ser el objeto de la creacion del alma, bastaria por sí solo el espectáculo de la muerte para dar la corona del triunfo á la experiencia que nos instruye sobre los males de la vida. En las márgenes del sepulcro vienen á espirar todos los prestigios del ingenio, todas las sutilezas de un talento presuntuoso, todos los sofismas de una filosofía corruptora: si la embriaguez de la existencia suele adormecer al filósofo con el sueño de la felicidad presente, estas ilusiones no pueden llegar hasta el sepulcro; ántes bien, aquí empiezan los triunfos de la verdad, y aquí se manifiesta en todo su esplendor la inmortalidad de nuestra alma. El conocimiento de los dogmas, que exceden á nuestra razon, se adquiere principalmente en la escuela del infortunio. “Las bellezas de la naturaleza, dice Bernardino de San Pedro, nos atestiguan la existencia de un Dios; y las miserias del hombre, las verdades de la religion.”¹

CAPITULO XII.

PRUEBAS FUNDADAS EN LAS MIRAS QUE DIOS TIENE SOBRE EL ALMA, COMO LEGISLADOR DE LOS HOMBRES.

Si Dios, al criar el alma, se propuso nada ménos que su propia gloria, es decir, la manifestacion de sus atributos divinos, unida con la felicidad del mundo, segun la porcion de

¹ Etudes de la nature. Etude VIII.

bien que á cada uno de los seres puede convenir; desea, por el mismo hecho, que reine el órden entre las criaturas inteligentes y libres; que cada una de ellas se empeñe en glorificarle, cuanto lo permite su destino, es decir, segun la medida de sus conocimientos y de sus fuerzas; en una palabra, que concurren, cuanto de ellas depende, á procurar el bien y el órden de todo el sistema general, así como su propia felicidad.

Este órden exige, por lo mismo, la sujecion á ciertas reglas invariables, deducidas de la naturaleza, y aplicadas al objeto de las mismas cosas. Cuando vemos, por ejemplo, el cuadro de la naturaleza física, nada nos admira tanto como el órden maravilloso que reina en el conjunto, y la perfecta subordinacion de las partes á un objeto comun. Examinando el origen de este órden, llegamos al conocimiento de ciertas reglas constantemente seguidas por los cuerpos, á las cuales llamamos, por lo mismo, *leyes de la naturaleza*.

Si pues Dios no puede ménos que desear y exigir de cuanto ha criado, así el órden como la fiel correspondencia de cada objeto á su destino, y si este órden está esencialmente vinculado en la existencia de ciertas reglas, es preciso convenir en que Dios, al criar seres inteligentes y libres, les ha querido sujetar á ciertas reglas, que son otras tantas leyes, de cuya fiel observancia resultasen el órden y armonía entre las criaturas distinguidas por el noble privilegio de la razon. Este conjunto de reglas constituye la *moral*, y el órden que resulta de su fiel observancia se conoce, por tanto, con el nombre de *órden moral*.

“Las mismas razones que han determinado á Dios á establecer un órden moral que pudiese convenir á la naturaleza de un ser libre y racional, le obligan igualmente á procurar su observancia: es pues tan propio de su grandeza, como del amor que tiene al órden por su misma naturaleza perfectísima, el manifestarnos altamente la diferencia que ha establecido entre los que le guardan y aquellos que le perturban: porque léjos de poder mostrarse indiferente á este propósito, se siente llevado por el amor necesario de sí mismo, del órden y de sus propios atributos, á dar á sus preceptos toda la eficacia que se necesita para hacer respetar su autoridad, y procurar, *sin destruir la libertad humana*, la ejecucion de sus leyes.”

“Lo que prueba, dice Clarcke, la certidumbre de las recompensas y los castigos, es que son cosas necesarias para el sosten de la gloria de Dios, de la magestad de sus leyes y del honor de su gobierno. Es evidente que los

“mas poderosos motivos de deber y de reconocimiento nos obligan á tributar á Dios todo el honor de que somos capaces; lo es igualmente que el único medio que hai de honrarle, consiste en el respeto de sus leyes, el cual se manifiesta en el empeño de observarlas. Es una consecuencia precisa de lo expuesto, que Dios acepta como un honor, que se le tributa inmediatamente á él mismo, el honor que se dirige á sus leyes. La sabiduría y la bondad infinita del Soberano del universo le comprometen, digámoslo así, á honrar á los que le honran, es decir, á darles pruebas inequívocas de su favor. Por una razon contraria y de la misma evidencia, podemos afirmar, que refluendo en el mismo Dios el desprecio que hacemos de sus leyes, debe este Ser infinito resentirse tanto de este menosprecio, cuanto se complace en aquella observancia; y ser tan implacable vengador de sus preceptos infringidos, como remunerador magnífico de los que han sabido respetarles. La magestad de sus leyes, la dignidad de su carácter, el cuidado de su autoridad y el bien de su gobierno, exigen pues imperiosamente que Dios premie á los que cumplen sus leyes, y castigue á los que las infringen.”¹

La misma naturaleza de las ideas que tenemos de Dios, nos lleva pues irresistiblemente á reconocer la existencia de un medio bastante poderoso que determine á los hombres á guardar entre sí aquel orden que resulta de la fiel observancia de las leyes. “Es contrario á la sabiduría, dice un escritor célebre, querer el fin sin querer los medios. Dios quiere que el hombre haga el bien y evite el mal, y le impone sus preceptos: es pues mui conforme á su sabiduría proveer á la observancia de este precepto, dando al hombre un motivo poderoso, universal y perpetuo, que le determine á seguir la virtud y alejarse del vicio.”²

¿Y cuál podrá ser este medio, si prescindimos de la inmortalidad del alma! Ninguno, absolutamente ninguno. Para suponer que hubiese alguno, sería necesario sostener una de dos cosas: ó que el hombre se gobernase por un mecanismo necesario, sin poder proceder de otra manera, ó que la virtud hallase su recompensa y el vicio su castigo en la tierra. ¿Y cuál de estas dos hipótesis pudiera sostenerse! No la primera, porque el hombre es libre, y es un hecho constante que el abuso de su libertad le compromete con

¹ Gerard. Vrais principes.

² Luzerne.

mucha frecuencia y le arrastra por el laberinto de los crímenes. No lo segundo, y esto es lo que vamos á demostrar.

Los bienes y los males están igualmente repartidos en la vida; y parece que en esta reparticion no se ha querido mezclar la justicia divina, puesto que no vemos que los primeros sigan precisamente á la virtud, y los segundos al vicio. Al contrario, regularmente hablando, nadie padece tanto como el hombre virtuoso, y nadie goza placeres tan cumplidos como el delincuente; y por esto exclamaba en otro tiempo el Poeta-Rei: “Yo ví al impío semejante al cedro del Líbano, exaltado hasta la cumbre de la prosperidad.” Al contrario sucede con los hombres virtuosos: una choza miserable, una vida indigente; he aquí la parte ménos triste de su condicion; pues regularmente son el blanco de las pasiones, y de continuo se sienten perseguidos por la calumnia, la maledicencia, y no son extraños á ningun género de padecimientos y tribulaciones.

Por otra parte, si no hai felicidad mas que en esta vida, la Bondad divina, dice el cardenal de la Lucerne, aparece evidentemente defectuosa: la existencia que ha dado al hombre no es mas que un don funesto; los sufrimientos no tienen indemnizacion, ni recompensa los combates contra las pasiones, ni palmas la victoria, ni merced los trabajos, ni consuelo ninguno los dolores. Los incrédulos, que tanto empeño toman por encaecer y exaltar los males que padecen los justos sobre la tierra, bien claramente hacen entender á cada uno la necesidad suma de que haya una vida diferente bajo el imperio de un Dios benéfico.”

Reasumiendo lo que se ha dicho, resulta, que siendo el hombre libre, no tiene lugar el supuesto de que obre el bien por un impulso necesario y mecánico; que estando lleno el justo de tribulacion, y de prosperidad el malvado, no cabe el supuesto de que la virtud y el vicio tengan su remuneracion en la tierra; y que no habiendo, por último, fuera de lo dicho, mas recurso para conseguir la observancia de las leyes, que la suposicion de otra vida, nos hallamos en la alternativa estrechisima de confesar la inmortalidad del alma, ó de negar á Dios, á un mismo tiempo, la sabiduría, la bondad, la justicia, y por tanto, la existencia, que no puede sostenerse negando aquellos atributos.

Los que consideran la vida presente como un teatro donde la virtud está mui léjos de disfrutar los goces que regularmente siguen al vicio, y por otra parte niegan la existencia de una vida futura, parecen atribuir á Dios el siguiente raciocinio: — “Criando un ser libre, le he impuesto preceptos,

le he ordenado que los observe sin perdonar esfuerzo ni trabajo; le he prohibido todo género de infracción, sean cuales fueren las ventajas que en ella pueda encontrar: el que me obedezca tendrá, por única recompensa de sus sacrificios, las penas que le hayan causado: el que al contrario, me desobedezca, tendrá por único castigo el goce de los placeres que se hubiere procurado." — ¡Qué dirémos nosotros á la vista de este raciocinio? Sería, no solamente el colmo de la extravagancia, sino el último grado de la crueldad. Infelices entónces los observadores del precepto, dichosos sus infractores; prudente el que se hiciese feliz á expensas de sus semejantes, insensato el que procurase la felicidad pública con sus privaciones. He aquí en lo que vendrian á parar los grandes atributos del Ser Supremo, la moral privada y el órden público, si hubiera de sostenerse que el alma perece juntamente con el cuerpo.

"Concluamos en tres palabras: ó el precepto divino de hacer el bien y evitar el mal no está fortalecido con ninguna sancion, ó tiene su sancion en la vida presente, ó esta sancion está reservada para una vida futura: lo primero repugna manifestamente á los atributos divinos; lo segundo está formal y expresamente desmentido por una experiencia constante y evidente: resta pues lo tercero.

Tan indispensable es convenir en la existencia de una vida futura, que si no la admitimos, podrémos decir con los doctores de la Iglesia, que no hai virtud en la tierra, ¹ ni hai Dios en el cielo. ² Es, en efecto, desterrar la virtud el quitarla sus motivos; es anonadar á Dios el privarle de sus atributos. ³

CAPITULO XIII.

PRUEBAS FUNDADAS EN LA IDEA DE DIOS, CONSIDERADO COMO ULTIMO FIN.

La doctrina de la *Providencia* nos enseña que Dios ejercita todos sus atributos ordenando á un solo fin, digno de sí mismo, el sistema del mundo físico, la conducta del hombre y el conjunto de objetos que comprende el mundo moral.

1 Laet. divin. Instit. lib. VII, pág. 9.

2 S. Joann. Chris. de Fato et Provid. orat. IV, opus dubium.

3 De la Luzerne, Diss. sur la loi nat. Chap. 3.º, art. 2.º

La experiencia y la observacion nos hacen descubrir por todas partes el ojo penetrante de una Providencia sábia y benigna, que todo lo conserva y hace servir á la felicidad. Seria necesario negar la existencia de Dios, para negar la Providencia; y destruir las ideas que nos dan á conocer la esencia de este grande atributo, para no convencernos de que él tiene por objeto primitivo la gloria de Dios y el bien de la humanidad. Mas como por otra parte vemos á toda luz las miserias y dolores que afligen y han afligido constantemente á toda la especie humana, seria imposible sostener la doctrina consoladora de la Providencia, si la consumacion de su grande obra hubiera de buscarse dentro de los límites del tiempo y en la mansion penosa de la tierra. ¡Cómo discurrir pues sobre este punto? No podemos negar que existe la Providencia, ni desconocer tampoco los innumerables, diversos y terribles males que en el curso de la vida persiguen y atormentan sin cesar á la mayor parte de los hombres. Partiendo pues de estas dos verdades, confirmadas con todo género de pruebas, busquemos un hecho que nos haga percibir la estrechísima relacion que média entre una Providencia benigna y una vida rápida y henchida de miserias.

Los incrédulos, que de todo pretenden sacar partido para combatir los dogmas, no han faltado aquí á su sistema: recorren y aun exageran los males, anuncian la ruina de todas las esperanzas, dicen que el hombre está condenado al dolor y la muerte; y en vez de lanzarse á la contemplacion de la otra vida, exclaman con arrogancia: "No hai Dios." ¹

1 De la miseria en el profundo seno el infeliz decia:

"No hai Dios: en vano su esplendor sereno el padre de la luz al orbe envia.

"En vano sometida á lei constante gira la inmensa esfera, y en curso igual el Orion radiante sobre el mar del ocaso reverbera.

"¿Qué es el lazo eternal, con que natura los seres encadena, si un Dios injusto su mejor hechura á delinquir y á padecer condena?

"Yo ví, yo ví á las nubes sublimado y triunfante al impio; y de placer y gloria circundado por la tierra extender su señorío.